

**Donde Dios no estuvo**

Sonsoles Ónega

# Donde Dios no estuvo


Sonsoles Ónega

grado cero [ã] crónica

© Sonsoles Ónega, 2007  
© Grand Guignol, s. L., 2007

Fotografía de cubierta: Javier Muñoz  
Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 grand guignol ediciones

Gavilanes, 1 - 28035 Madrid  
e-mail: [grandguignol@telefonica.net](mailto:grandguignol@telefonica.net)  
[www.grandguignolediciones.com](http://www.grandguignolediciones.com)

Depósito legal:  
ISBN-13: 978-84-935090-5-7  
Impreso en España

*Para poder enseñar a todos los hombres a decir la verdad,  
es preciso que aprendan a oír-la.*

SAMUEL JOHNSON

*Tu verdad no; la verdad  
y ven conmigo a buscarla.  
La tuya, guárdatela.*

ANTONIO MACHADO

*La especie humana  
no puede soportar mucha realidad.*

T. S. ELIOT

*Madrid, 11 de marzo de 2004*



PRIMERA PARTE

## Capítulo Uno

Aún no ha amanecido en Madrid.

A la ciudad le quedan un par de horas de oscuridad y el hombre que se juega su futuro necesita agotarlas. Necesita sentirse solo en la sede del partido, apretar el botón de *café con leche* en la máquina del pasillo y recorrerlo con parsimonia. No ha dormido bien. Volvió a discutir con Pilar y se estropeó la penúltima noche de campaña. Tomó una pastilla para dormir, pero a las cinco de la mañana estaba nuevamente despierto. La cama vacía descubría su soledad. Más que nunca.

Desea que termine la campaña para disfrutar de sus hijas y tentar la suerte de su matrimonio, pero sabe que no controla su agenda, ni su tiempo libre. *No controlas nada, amigo.*

Tampoco ha controlado la contienda electoral. Se lo dieron todo hecho. *Sonríe*, le dijeron en la primera sesión de fotos. Sonríe para ganarte a esos millones de ciudadanos que confían en tu programa. Sonríe para que tu padre se sienta orgulloso de ti cuando te vea en los carteles del pueblo. Y sonrió, claro que lo hizo. Cualquiera discute con Marta Emilia, su jefa de gabinete, la mujer que se ha empeñado en ganar las elecciones. A él le habría gustado exhibir otra actitud. Ser diferente. Además nunca se ha fiado de los que sonríen demasiado. La política no tiene ninguna gracia.

Su padre siempre le decía que la política es como un sacerdocio. Pero él piensa que es el oficio de las tres *eses*: sacrificio, salud y soledad.

Sacrificio para los demás.

Salud para uno mismo. Para aguantar el envite de la afonía, de la taquicardia a destiempo, del catarro irremediable o del ardor de estómago.

Y soledad.

Al final es a uno a quien votan, es uno el que pierde, al que abandonan los ciudadanos porque, quién sabe, no convenció su sonrisa en los folletos que llegaron a millones de hogares. La derrota es unipersonal. No se comparte.

Los analistas advierten de que el resultado será ajustado, pero habrá victoria. *O no*, piensa él ahora en las tinieblas de su despacho. Puede que el experto sólo haya querido contentar a Marta Emilia para garantizarse continuidad en el equipo. Si se equivoca, nadie le pedirá explicaciones porque se anticipará con un amplio abanico de motivos del fracaso. Y concluirá: *Ramón no ha convencido. Se ha quedado cerca, fíjate, a un puñado de votos. Sólo eso. Un puñado de votos, fíjate bien, Ramón.*

Abre el cajón del escritorio y saca un sobre de azúcar. Deja que caiga lentamente y se disuelva en el café. El vaso de plástico está ardiendo. Se quema los dedos al buscar el palito que hace las veces de cuchara. Siempre le ha disgustado que sea tan corto, que cueste sacarlo del fondo y que luego no llegue para remover el azúcar que se queda apelmazada.

Hace días que quiere abrir el archivador de cartón amarillo en el que escribió a mano **MUY PERSONAL**. Contiene su vida en recuerdos. Una foto. Una nota. Un discurso. Lo colocó en la estantería hace por lo menos cinco años y parece que desde allí le observa mañana, día y noche. Hoy le apetece bucear en su pasado para confirmar su presente. En las fotos de otros años se adivina una convicción política, una sonrisa no forzada, una ilusión desmedida por llegar al final de la carrera. Ahora necesitaría resucitar todas esas sensaciones para contagiar a su gente y a los que tienen, forzosamente, que confiar en él. Se ha entrenado a conciencia para estas elecciones. Lleva más de doce, entre municipales, autonómicas, generales y europeas. Se conoce de memoria el protocolo, pero éstas son las definitivas. *Ahora o nunca, Ramón*, le dijo su padre. El hombre que se juega su futuro está atemorizado.

Sorbe el café y se relame el labio superior. Enciende un cigarrillo y saborea la primera calada del día. En el cajón derecho de la mesa de

trabajo tiene otros cuatro paquetes de tabaco. Desabrocha el maletín de cuero y los coloca en el bolsillo delantero, formando una especie de escudo protector. Será la jornada más larga de la campaña. De lo que hoy haga dependerá mañana, dependerá su futuro con Pilar y el de las niñas. Dependerá su padre, Marta Emilia, Dioni y el conductor de su coche oficial, que le ha confesado que sueña con llegar al Palacio de la Moncloa.

Tantos y tantas dependencias lo atosigan. Se le pasa por la cabeza la idea de huir despavorido. Salir andando por la puerta lateral, con un gorro y los cuellos del abrigo subidos para evitar ser reconocido en el metro. *¿Cuánto hace que no pisas el metro, Ramón? Es posible que ni siquiera sepas sacar el tique. Tendrás que pedir ayuda a la señorita de la cabina blindada y te reconocerá. En seguida sabrá que eres Ramón, el candidato; Ramón, el hombre que se está jugando su futuro a una sola carta. Correcto, siempre podrás decir que quieres pulsar la calle, pero ¿quién te creerá? ¿Qué político, amigo Ramón, baja al metro sin una cámara de televisión que grabe el instante, el momento, el gesto? Mejor será que apacigües el ánimo, que esperes tranquilo, que llames a Pilar cuando salga el sol y le pidas su voto.*

*Confía en mí, le dirá. Hemos pasado juntos los últimos dieciocho años de nuestra vida. Ahora me juego mi futuro, Piluca. Ahora no me viene bien una polémica matrimonial. No, mi amor, ahora no.*

Eso le dirá a la esposa, que se ha despertado con el cuello entumecido por dormir en el sofá. Ha vuelto a la cama y ha descubierto que Ramón no está.

06.14 a.m.

El archivador **MUY PERSONAL** recoge cronológicamente su vida.

1977. Primer cartel electoral de su partido. El líder de entonces había estampado su firma en medio de la foto para dedicársela a Ramón *con renovadas ilusiones en la democracia*, escribió.

1979. Pilar, su cuñada Trini y su hermano Alberto sonríen en un mitin en Lugo. Ramón se adivina al fondo, con la mano en alto, arregando a la masa que aplaude fervorosa. Pilar está embarazada de la primera niña.



1981. *Han matado a José Luis*. El mensaje manuscrito por alguien, ahora no adivina quién, le llegó al atril y aún lo conserva dentro de un sobre. Estaba en un acto en Valladolid. Recuerda que enmudeció durante unos segundos. *Han matado a José Luis. Díselo, Ramón. Dile a toda esa gente que te escucha que han matado a José Luis. Diles quién era.*

Revive ese momento como si hubiera sido ayer. Como si la nota aún estuviera caliente.

—Escuchad, me comunican una noticia terrible: ETA ha matado a nuestro compañero José Luis. Escuchadme bien, ¡vamos a por ellos! ¡Vamos a acabar con esos criminales! Uno a uno. Pasarán el resto de sus vidas en las cárceles. José Luis era un demócrata que luchó contra el franquismo y ahora lo asesinan unos canallas. ¡Somos más fuertes y somos más! ¡No van a ganar!

Una ovación rompió el silencio del polideportivo. Ramón aprovechó para tragar saliva. Para contener el llanto. Para restregarse los ojos enrojecidos de rabia. De pena.

Ramón también guarda una foto en la que aparece su cara sonriente junto al primer logotipo del partido. Una mujer dejó su carmín con forma de labio y escribió a mano: *Te votaré siempre*. La mujer sin nombre no estampó firma alguna ni buscó la suya, pero le hizo llegar su particular autógrafo. Ramón no sabe por qué la conserva, ni acierta a recordar la mirada de aquella mujer que debió esperar horas y horas ante el auditorio de turno para verlo llegar en comitiva oficial, rodeado de guardaespaldas y cargos pelotas que se suman a los grandes acontecimientos. ¡Qué será de ellos!

Es incapaz de acordarse de todos los que en algún momento de su carrera se emplearon a fondo para ayudarlo a llegar a la meta. *No es posible, hombre, que tengas espacio en el disco duro de tu memoria. No te martirices. No vale la pena, político.*

Debajo del montón de periódicos que desde hace semanas se acumulan en una esquina de su mesa, descubre el pico de una carpeta roja. **CONFIDENCIAL. ALARMA NIVEL I.** No la ha abierto, ni siquiera ha leído el informe que firma el inspector Marañas. La campaña ha absorbido su tiempo y, si el documento no ha acabado en la basura, es porque dio la orden expresa de no tirar ni un solo papel de su

escritorio. Ahora, amaneciendo en Madrid, tampoco tiene el ánimo para Marañas.

Termina el café, se relame de nuevo y tira a la papelera el vaso de plástico y el odioso palito. Sí, le ha sabido bien, aunque fuera de máquina de pasillo.

Abre un botellín de agua y enciende el ordenador. Introduce su nombre en el buscador de noticias. Jamás pensó que tendría su propia web. *No estamos tan atrasados*, piensa. Recuerda cuando los americanos anunciaron a bombo y platillo la primera página de un candidato. Sí, fue Bob Dole en la campaña para las presidenciales de 1996. Aunque Dole abrió la veda para los políticos en campaña, ciertamente fue Bill Clinton el primero que tuvo su propio sitio en Internet.

Ramón aparece en ¡un millón trescientas ochenta y ocho mil páginas diferentes! Su nombre encabeza periódicos de los que hasta ahora ignoraba su existencia. Se detiene un minuto en un *blog* que lleva su nombre. Se llama *Diario de Ramón Estrada*. Entra en la web y lee, con asombro, que alguien lo está siguiendo paso a paso. Incluso ha actualizado su último movimiento.

*Hoy Ramón Estrada madruga más de la cuenta. Son las 05.30 de la mañana y ya está en su despacho. La luz se ha encendido en la séptima planta de la sede central del partido.*

Se asusta. Mira hacia atrás y corre la cortina con temor. ¿Está siendo espiado? ¿Apuntado por un rifle de mira telescópica desde alguno de los áticos del edificio de enfrente?

Descuelga el teléfono y pide a uno de sus escoltas que suba al despacho. El agente R.T. entra sin llamar. Se acerca a la pantalla del ordenador, lee de una pasada el párrafo, imprime la página y rebota el enlace cibernético al correo electrónico del Jefe de Seguridad.

—¿Debo preocuparme?

—No, de momento, no. Nadie nos ha seguido hasta aquí y no hemos descubierto movimientos extraños en las inmediaciones del despacho. El material de Internet es incontrolable. Será un loco. No obstante, estaremos prevenidos. ¿Algo más?

—Nada más. ¡Espera! Llévate esta carpeta. Es de Marañas. Dile al jefe que le eche un vistazo.

El agente R.T. se marcha con el papel en la mano y la carpeta debajo del brazo. Al hombre que se juega su futuro le recorre un escalofrío por la espalda.

—¡Oye, oye! —grita Ramón.

—¿Qué pasa?

—Lo primero, mi seguridad y la de mi familia. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos. Lo primero, su seguridad.

Ramón tiene ganas de llorar. Está débil. Está cansado. Le flaquean las fuerzas. Saca del cajón un bote de vitaminas efervescentes y echa dos en un vaso. Las pastillas dan pequeños saltos en el fondo y se deshacen al instante. Le sientan bien.

Los primeros destellos del sol asoman cautelosos por encima de los tejados y los primeros coches se paran en el semáforo. Aún nadie toca la bocina y el ruido de los tubos de escape no contamina. Los camiones de la basura empiezan a retirarse a los garajes y los trabajadores de noche abandonan sus puestos. Parece que pasean, pero en realidad están extasiados por la noche laborable. *Nadie debería trabajar sin luz*, piensa.

Efectivamente no descubre a ningún francotirador ni a ese loco imaginario que ha alquilado un espacio en la inmensidad cibernética para hacer un diario con su vida. Sabe que los servicios informáticos del partido no conseguirán saber quién es y los abogados jamás podrán emprender acciones legales contra el anónimo escribiente. Los que se esconden detrás de estas páginas web son fantasmas, sin cara, sin voz, sin firma. No lo encontrarán y, aunque lo hicieran, a ese hombre o a esa mujer le ampara la libertad de expresión.

Ramón tiene miedo a un atentado. Teme morir como José Luis. Le aterra sentir la bala perforándole el cuello, desgarrándole los músculos y haciendo de las venas un canal rebosante de sangre. No, de un atentado no quiere morir.

Nunca ha confesado este pavor a nadie. Ni siquiera a Pilar, que se ha pasado años y años pidiéndole que tuviera cuidado. La mujer dejó de rogarle que mirara debajo del coche cuando el partido le asignó un policía que empezó a hacerlo por él. Ahora cree que su marido está a

salvo del tiro en la nuca o de la bomba lapa. No, no le dirá que un loco husmea en su vida.

Ramón vuelve a la página. Quiere comprobar que no hay un solo dato de sus hijas. Pasa las páginas a golpe de ratón, confirma que el diario es estrictamente político y respira aliviado. Ahora se siente mejor. Se afloja la corbata, desabrocha el primer botón de la camisa y empieza a trabajar.

Tiene que leer los cuatro discursos que han preparado para él, para que convenza a los del voto dudoso en los últimos días de campaña. El primero, en un colegio; el segundo, en una residencia de ancianos; el tercero, ante la comunidad científica que lo esperará en el aula magna de la Universidad de Medicina, y el cuarto, en el Palacio de Congresos, es el definitivo. Empieza por ahí.

*¿Cuántas promesas caben en quince folios? ¿Cuántas serás capaz de cumplir, Ramón? Al que te escucha no le importa demasiado la estadística porque sabe que, tarde o temprano, caerás en el incumplimiento y la prensa de tus adversarios te lo recordará con grandes titulares y portadas en las que aparecerás como el gran mentiroso.*

¿Los políticos siempre dicen la verdad? Se lo preguntó su hija mayor poco después de un escándalo en un pequeño ayuntamiento de Toledo que salpicó a la dirección del partido. Se lo preguntó, digo, porque leyó en un periódico exactamente lo contrario a lo que había escuchado de boca de su padre la tarde anterior, mientras hablaba por teléfono con el alcalde del escándalo. *Ya, Ramón, no supiste qué contestar, pero tampoco entonces dijiste la verdad. Los políticos mienten, ¡claro que lo hacen! Les va en el sueldo. La democracia tiene reglas no escritas que conviene entender. Lo demás, Ramón, conduce a la melancolía, al fracaso de las convicciones, al desasosiego, a la frustración.*

Ramón le ha dicho a Pilar y a las niñas que son las últimas elecciones. Que si gana, probará a repetir desde el poder pero, si pierde, que ya no cuenten con él. Está cansado. Ha envejecido y no se ha hecho rico. Eso lo lleva a gala allí donde recalán sus huesos. *Mis bienes* —repite al borde del grito en cada mitin— *¡están publicados en el Boletín Oficial del Estado! En el Boletín de todos los españoles.* Aún recuerda al

señor, de gorra calada hasta las cejas, que le preguntó: *¿Y dónde se compra ese boletín?*

En eso sí que no ha mentido. Ni un duro más que el sueldo del partido. Ni medio céntimo de ahora, ni media rubia de entonces. Nada. Cree que la honradez lo llevará al gobierno. A fin de cuentas, los expertos en la materia electoral dicen que es la cualidad que más valora el ciudadano medio. El votante, en cambio, perdona, como el que perdona al santo que no remata el milagro, las mentiras, las medias verdades y otros pecadillos de la dialéctica. Ramón piensa en todo esto mientras lee el discurso con el que cerrará la campaña electoral más reñida de toda su carrera. Repasa las líneas, subraya frases clave y escribe palabras en los márgenes.

Confianza.

Es vuestro gobierno.

Juntos, podemos.

Feliz vejez.

Becas.

Europa.

Empleo.

Vivienda.

Fin del terrorismo.

Al final del discurso incluye algo que no han pensado para él. *Y si no os gusta, me voy, igual que he llegado, con las manos limpias y los bolsillos vacíos.*

*Nadie planea retiradas antes de llegar a la meta, Ramón.*

Enciende otro cigarrillo y piensa en la cita con la periodista Julia del Amo. Nueve de la mañana. Su equipo de prensa se ha empeñado en hacer la entrevista antes de que se ponga en marcha toda la comitiva electoral. Durará media hora. Ni un minuto más, ni uno menos. Riguroso directo.

Todavía no han llegado los técnicos encargados de tirar los cables desde su despacho hasta la unidad móvil que, seguramente, aparcarán en la puerta de la sede del partido. Tienen un sitio reservado. *Lo lógico —piensa— es que lo utilicen.*

Julia Del Amo es la intermediaria entre Ramón Estrada y el presentador, que le saludará desde los estudios centrales de la televisión. *Puro show*, piensa el hombre que se juega su futuro. El equipo de prensa le ha hecho un esquema con las preguntas que el periodista puede hacerle. ¡Claro! le preguntará por su futuro, por las encuestas internas que maneja su partido, por su estado de ánimo, por su agenda después de la campaña. En la última página del hipotético cuestionario, su jefa de gabinete, Marta Emilia, le ha escrito a mano datos de la vida ordinaria. Precio de un bonobús mensual: 45 euros (depende de la zona). Ticket del parquímetro: 2,50 euros, máximo dos horas en zona azul; 1,90 euros, máximo una hora en zona verde. Una barra de pan: 60 céntimos. Y así, una ristra de notas que, para qué negarlo, ignoraba. Nunca coge el metro o el autobús, ni paga por aparcar. El periodista debería saber que un político que aspira a la presidencia del gobierno no anda por ahí rebuscando monedas en el bolsillo del pantalón. Y lo del pan... ¡lo del pan es tan recurrente! En fin, si Marta Emilia lo ha tenido previsto será porque cree que pueden tenderle la trampa.

Apaga el cigarrillo y bebe del tirón el agua que queda en la botella. Son las siete y cuarenta y tres minutos de la mañana. Suena el teléfono móvil y el teléfono del despacho con una diferencia de siete segundos.

—¡No jodas! Sube, sube. ¡Rápido!